

GANADORA AUTONÓMICA



DIARIO DE LA REBELIÓN DE LAS SIRENAS

Ana Benavent Torres

Colegio Nuestra Señora del Carmen (Comunidad Valenciana)

Las ciudades humanas son muy estridentes y no me dejaban analizar con claridad todo lo que había sucedido mientras me dirigía a la casa de la hechicera.

Nos habían reunido en la barrera de coral para anunciar algo importante, pero ni yo misma esperaba que se tratase de una declaración de guerra.

Los humanos y hechiceros de la superficie terrestre habían incumplido su promesa de no comer pescado y Poseidón estaba enfadado. Con la ayuda de una bruja marina había echado un maleficio sobre los libros y los diccionarios humanos sin los que no podrían comunicarse y con el paso del tiempo perderían sus conocimientos del lenguaje.

El siguiente paso era inundar la superficie. Todo sería mar. Y para ello una sirena elegida a suertes de entre los 7 mares sería enviada al mundo de los humanos. Se encargaría de comunicar la situación de los humanos sin diccionarios y de avisar de cuándo dar el gran golpe e inundar la superficie.

Y allí estaba yo. Escondida, como cualquier otra humana. Mi cola de sirena ya no estaba.

Esta vez éramos nosotros los que empezábamos la guerra entre los dos mundos.

La hechicera Cora es la única humana que ayudó al mundo marino en la guerra. Una traidora que me acogería en su casa.

Reconocí la casa porque me la habían descrito. Pero justo antes de llamar oí voces dentro y puse la oreja. A través del cristal de la puerta reconocí con quién estaba. Era M. Suliman, la más poderosa maga y la líder. Pero su conversación fue lo que más me asombró.

M. Suliman había descubierto el origen del maleficio y entre las dos hablaban sobre un gran buque con el que saldrían al mar a pescar sirenas.

Estaba dispuesta a salir de allí corriendo pero mi torpeza para utilizar piernas humanas delató que estaba allí fuera. Estaba claro, ya no me dejarían vivir si sabía su plan, porque M. Suliman sabía perfectamente que yo era una sirena.

Esperaba impaciente mi muerte cuando un misterioso hombre me sacó de la trayectoria del hechizo de M. Suliman. Conseguimos huir, pero ahora ya no estaría segura en ningún sitio, porque ella me buscaba.

–Puedes esconderte en mi casa. Ningún lugar es seguro para ti ahora.

Reconocí al instante que era un mago cuando vi su casa. Pero, ¿él me habría reconocido a mí? No dije nada ni me delaté. Tampoco pensaba hacerlo.

Los días pasaban rápido en la casa del mago. Cada vez eran más los periódicos que anunciaban el problema de los diccionarios y cada vez había más faltas de ortografía y más textos imposibles de entender.

El plan de Poseidón había funcionado y eso se notaba también en las palabras de Kaito, el mago. Sin embargo, descubrí en él la bondad. Los humanos no son fríos, pero, de todas formas, nunca se sabe cómo reaccionarán delante de un pescado, que no habían probado en años.

Pasaba los días sola en la casa, porque el mago desaparecía por la mañana y regresaba a las tantas de la noche. Siempre me despertaba, aunque hacía movimientos sigilosos, no para no despertarme, sino para que no viera las condiciones en las que volvía de noche.

Y al final descubrí que pasaba todo el día protegiendo a los magos que eran citados por M. Suliman, que se aprovechaba de una de las reglas de la escuela de magia –“Los magos siempre acudirán cuando sean llamados”– para tenderles una trampa y quitarles sus almas. Así los controlaba sin utilizar el lenguaje, porque este método de comunicación había desaparecido por completo.

También pude comprobar que, cada vez que usaba sus poderes, su forma humana adoptaba partes de un cuerpo monstruoso. Cada vez que intentaba ayudar a los demás magos con su magia, el maleficio de M. Suliman aumentaba. Quién sabe qué día volvería completamente transformado en monstruo. Pero a mí no me importaba porque me había enamorado de él.

El puerto de la ciudad se había convertido en un lugar de obras donde el buque de pesca finalizaba su construcción. Hasta que estuvo terminado por completo.

Un día, sin avisar, noté algo extraño en Kaito. Intentaba despedirse de mí indirectamente. Y supe entonces que la batalla final en el buque daba inicio. Conseguí colarme en su aerodeslizador sin que se enterase y me fui con él.

El puerto no era el mismo. Se había convertido en una carnicería. Reconocí a las sirenas de los demás mares observando desde el puerto cómo Kaito y M. Suliman mantenían una animada negociación, dudando si ayudar, con lo que tendrían que delatarse, o no.

Cuando vi a las sirenas la alegría me invadió y salí de mi escondite sin saber que el aerodeslizador estaba sobre el mar, enfrente del buque donde estaba M. Suliman. Así que cuando salí y caí al agua, revelando mi aspecto, todos pudieron verme.

Cuando Kaito vio mi verdadera forma de pez, su cuerpo empezó a cambiar a su forma de monstruo, porque utilizó la magia para controlar sus ansias de comerme.

–Lo estás deseando. No te hará ningún mal comer un poco de pescado–, le incitaba M. Suliman.

–¡No la escuches!–, le pedía yo a gritos.

–Es inútil. No puede entendernos a ninguna. Vosotros destruisteis nuestro lenguaje.

Las otras sirenas se acercaron revelando también su aspecto de pez. Kaito perdió el control e hicimos lo que mejor sabíamos hacer: emplear la voz como defensa.

La melodía de los siete mares provocó un dolor de cabeza tremendo a M. Suliman, con lo que su cabeza explotó y nació el mar Rojo. Y Kaito ahora estaba inconsciente. Temblaba por el contacto del frío suelo del puerto. Un puerto lleno de paz, tranquilo.

Todo había acabado y sin M. Suliman ya no había protección en el mundo humano. Podíamos atacar y vencer. Sin embargo, las demás sirenas coincidían en sus opiniones sobre los humanos y convencimos a Poseidón para que detuviese la guerra.

Los diccionarios volvieron a la normalidad. El lenguaje renacía. Tal vez este fuese el principio de un mundo libre de guerras donde todos podían expresarse plenamente. O no.